

tiempo tan corto. No sabéis todas las intrigas que pondrán en juego contra mí; no sabéis cuántos hombres me abandonarán. Os diré los nombres de todos ellos si queréis. Mirad; suponen que yo he mandado que salgan de París la emperatriz y mi hijo; el hecho es cierto, pero no puedo decir todo lo que hay. La emperatriz es una criatura, la habrían empleado contra mí, ¡y sabe Dios los actos que la habrían arrancado! Pero olvidemos esas miserias: tres días, cuatro días, el plazo es bien largo. Sin embargo, el ejército llegará, y si me secundan, podrá salvarse la Francia.» Napoleón se calla, reflexiona, pronuncia aún algunas palabras breves y luego con el acento de la inspiración añade: «Caulaincourt, nuestros enemigos están en mis manos. ¡Dios me los entrega! Yo los destrozaré dentro de París; pero es menester ganar tiempo y vos me ayudaréis á ganarlo.» Entonces, indicando que quería estar solo, se queda con Mr. de Caulaincourt y le expone sus ideas, que son las siguientes: «Es preciso que Mr. de Caulaincourt vaya á París para ver á Alejandro, de quien será bien recibido; que apele á los recuerdos de este príncipe; que trate de despertar sus antiguos sentimientos; que le haga entrever los peligros que le amenazan en esa gran capital, sobre todo acercándose Napoleón con sesenta mil hombres, después de haber recogido los veinte mil que salen de París, unos y otros ávidos de venganza y deseosos de levantar á toda costa el honor de nuestras armas. Alejandro, aunque nadie le muestre esta perspectiva, debe tenerla en su imaginación, y de este modo cuando la hagan resaltar á sus ojos, producirá mayor efecto todavía. En esta disposición de ánimo le ofrecen una paz inmediatamente en condiciones que se asemejan á las de Chatillón; no querrá comprometer su triunfo, aplicará el oído y despachará á Mr. de Caulaincourt al cuartel general francés. Tres, cuatro días se pasarán muy luego, y entonces, añade Napoleón, yo tendré mi ejército y se gobernará todo. — Pero, señor, responde Mr. de Caulaincourt, ¿no estaríamos aún en el caso de negociar formalmente, de someteros á los acontecimientos si no á los hombres y de aceptar las bases de Chatillón, al menos las principales?—No, responde Napoleón; es bastante haber vacilado un momento. No, no; la espada debe terminarlo todo. ¡Cesad de humillarme! Hoy se puede salvar todavía la grandeza de la Francia. Las probabilidades serán buenas si me ganáis tres ó cuatro días.» Mr. de Caulaincourt, á pesar de su firmeza, apenas podía resistir al torrente de aquella energía, que tantas desgracias no habían abatido, y pide que le acompañe Berthier que posee el secreto de los recursos de que el emperador dispone todavía, que es un hombre conocido y estimado de los soberanos, los cuales se prestarán á oírle. Napoleón no deja concluir á Mr. de Caulaincourt. Primeramente necesita á Berthier, que es el único que conoce en todos sus detalles la distribución del ejército en el teatro confuso de la guerra; pero no es esta su principal razón: «Berthier es un excelente hombre, dice Napoleón; tiene grandes cualidades, me quiere y yo le quiero á él, pero es débil. No os figuráis lo que podrían hacer de él los intrigantes que se agitarán ahora. No, partid sin Berthier; sólo vos estáis templado para resistir al foco de esas intrigas.»

Después de este coloquio tan animado, se convino en que Napoleón iría á establecerse en Fontainebleau,

que allí concentraría su ejército y los recursos que le quedaban, y que mientras él se ocupaba en disponerlo todo para una lucha postrera y formidable, Mr. de Caulaincourt trataría si no de detener, al menos de entorpecer las empresas políticas que los aliados iban á intentar en París, con ayuda de los descontentos; que, de este modo, ganaría tres ó cuatro días, que entonces habría llegado la hora suprema de la salvación, y que Napoleón se presentaría á las puertas de la capital quizá para sucumbir, pero seguramente para arrastrar á la coalición en su caída. Mr. de Caulaincourt aceptó esta misión con su fidelidad ordinaria; empero, no con la idea de engañar á los soberanos aliados, pues no habría querido engañar á nadie, ni siquiera á los enemigos de su país; pero sí con la esperanza de reanudar algunas relaciones entre un amo intratable y la Europa victoriosa. Marchó, pues, á París, en tanto que Napoleón se dirigía á Fontainebleau, después de haber ordenado á las tropas que llegaban que tomaran posición sobre el río de Essonne y se establecieran allí sólidamente. Detrás de esa línea quería Napoleón operar la concentración de sus fuerzas. Se hallaba tan animado, que se le habría podido creer en vísperas de una de las grandes batallas de su vida, tanto como en el día que siguió al más grande de los desastres. En su cabeza ardiente había concebido ya un designio que, según él, podía cambiar los destinos. Traía en pos de sí unos cincuenta mil hombres á los cuales iban á juntarse los quince ó diez y ocho mil que salían de París. Con las fuerzas que aún podía llamar de las márgenes del Yonne y del Sena no contaría menos de setenta mil combatientes, que quería concentrar entre Fontainebleau y París á lo largo del Essonne, con su derecha en el Sena y su izquierda en la dirección de Orleans, donde estaba su mujer y su hijo. El enemigo estaría diseminado dentro de París, repartido entre las dos orillas del Sena, y con setenta mil soldados, devorados por la rabia del honor y del patriotismo, Napoleón esperaba aún dar golpes terribles, golpes que resonarían á través de los siglos. ¿Quién sabe?; ¡quizá en una jornada sangrienta reconquistaría la grandeza de la Francia! Estas ideas se habían sucedido en su mente con la rapidez del rayo, y, después de haber enviado á Mr. de Caulaincourt á París, dió órdenes al general Belliard, le prescribió que pasara al Essonne, que llamara allí á los dos mariscales y que los estableciera de las orillas del Sena al camino de Orleans. Le anunció que por medio del gran parque de artillería podría suministrarles al día siguiente con que reemplazar lo que habían perdido en la gloriosa y funesta batalla de París. Después de haber hecho esto, dejó á Mr. de Caulaincourt y al general Belliard y se retiró con Berthier á Fontainebleau, para esperar al ejército y concentrarle como había pensado.

En tanto que Napoleón tomaba este camino, Mr. de Caulaincourt había tomado el de París y había ido al Hotel-de-Ville, cerca de la autoridad municipal, la única que subsistía aún en nuestra capital abandonada. Pero ya esta autoridad se había trasladado al castillo de Bondy para recomendar la población parisiense á los soberanos aliados. La mitad de la noche había transcurrido. El emperador Alejandro recibió muy bien á los dos prefectos y á la diputación que los acompañaba. Este monarca, dueño al fin de París, estaba radiante de

alegría. Una vez satisfecho su orgullo, todos sus buenos sentimientos habían recobrado su dominio. Su inclinación más pronunciada era el deseo de agradar, y no había nadie á quien quisiera agradar tanto como á esos franceses que le habían vencido en tantas ocasiones, á quienes acababa él de vencer á su vez, y cuyos aplausos ambicionaba con delirio. Sorprender á fuerza de generosidad á ese pueblo generoso, era en aquel momento su sueño más grato; ¡noble debilidad si es que lo era!

Recibió, pues, con mucha cortesía á los prefectos y á la diputación parisiense. Les repitió lo que había ya dicho tantas veces, que él no hacía la guerra á la Francia, sino á la loca ambición de un hombre; que no estaba en su ánimo imponer á la Francia ni un gobierno ni una paz humillante, sino libertarla de un despotismo que no le había hecho padecer menos que á la Europa. Aseguró que se trataría del modo más benigno á la capital, con la condición de que el pueblo no se moviera y se mostrase tan amistoso con sus nuevos huéspedes como éstos querían estarlo con él. Consintió sin dificultad en dejar la policía de París á la guardia nacional y en no alojar á sus soldados en las casas de los particulares. Lo único que hizo fué pedir viveres, que había y que le prometieron.

Una vez terminada la conversación general, se dirigió individualmente á cada miembro de la diputación y afirmó de nuevo que al traer á la Francia la paz más honrosa la dejaría además entera libertad en la elección de su gobierno. Se mostró impaciente por saber qué era de Mr. de Talleyrand, qué hacía este gran personaje, y dónde se hallaba actualmente. Mr. de Nesselrode, presente á la entrevista, suplicó á Mr. de Laborde, á quien conocía y que era miembro de la diputación, que buscara á Mr. de Talleyrand, que le detuviera en París si no había salido y que le hiciera presente la mucha consideración que merecía á los soberanos.

Mientras los prefectos estaban con Alejandro, los oficiales de entrambos ejércitos habían estipulado las condiciones de la evacuación de París. Conviniere en que á eso de las siete de la mañana, los soldados de los dos mariscales Marmont y Mortier entregarían las barreras á los soldados de los ejércitos aliados, después de lo cual los soberanos harían su entrada en París.

Sin embargo, Mr. de Caulaincourt, no habiendo encontrado en el Hotel-de-Ville á las autoridades parisienses, se había dirigido también al castillo de Bondy, había hallado en el camino á la diputación que se volvía, y aunque había tropezado con dificultades para penetrar cerca de Alejandro, al fin lo había conseguido. Al verle, Alejandro le acogió con la misma cordialidad que en otros tiempos, y aun le dió un abrazo del modo más afectuoso; le explicó por qué no le había recibido en Praga, y después, llegando á los asuntos del día, le dijo que, exento de todo resentimiento, no deseando otra cosa que la paz, y habiendo tenido que venir á buscarla á París, puesto que no pudo encontrarla en Châtillon, la quería honrosa para la Francia, pero segura para la Europa, y que por este motivo ni él ni sus aliados consentirían en negociar con Napoleón; que por lo demás, no les costaría trabajo hallar alguien con quien tratar, pues sabían por mil conductos que la Francia estaba tan cansada de Napoleón como la Europa y que deseaba ardientemente verse libre de su despotismo;

que á mayor abundamiento, los aliados no traían la idea de violentar á esta noble Francia; que por el contrario, entendían respetarla profundamente, dejarla la elección de su soberano, y concluir la paz con este soberano en cuanto ella le hubiera designado; que una vez entrados en París, consultarían á las personas más notables de todas opiniones, y que aquello que decidieran los personajes más acreditados del país, los aliados lo adoptarían y lo consagrarían por la adhesión de la Europa.

Consternado al oír este lenguaje sereno y suave, pero resuelto y firme, Mr. de Caulaincourt trató de combatir las ideas emitidas por Alejandro. Le señaló el peligro que había para los aliados en conducirse como promovedores de revoluciones, cuando eran los representantes del orden social y monárquico de Europa; el peligro de destronar á un príncipe reconocido durante tanto tiempo, adulado por todas las cortes, aceptado por todas como aliado y por una de ellas como yerno; el peligro de creer sobre este punto á hombres descontentos, que no consultarían más que sus pasiones, engañándose así sobre los verdaderos sentimientos de la Francia, la cual, aunque desaprobando las continuas guerras de Napoleón, quedaba agradecida á la gloria y al orden interior de que había disfrutado durante su reinado, y se hallaba poco dispuesta á cambiar su mano gloriosa y fuerte por la mano débil y olvidada de los Borbones; el peligro, en fin, de infundir la desesperación á Napoleón y al ejército, de entregar á nuevos y terribles azares un triunfo inesperado, triunfo que se podría consolidar inmediatamente y hacer definitivo mediante una paz justa y moderada.

No hicieron gran mella en Alejandro estas razones. Respondió que no darían oídos á los descontentos, sino á hombres sensatos, sin espíritu de partido y sin miras de intereses privados; que los soberanos no tenían ni podían tener gusto en derrocar tronos; que habían tomado en cuenta el peligro de reducir á Napoleón á la desesperación; pero que después de haber andado tanto se hallaban resueltos, sobre todo á la sazón que estaban tan unidos, á proseguir la lucha hasta el fin para no tener que comenzarla de nuevo bajo condiciones quizá menos favorables; que sin duda alguna esperaban golpes extraordinarios por parte de Napoleón, en tanto que conservara en sus manos una espada, pero que aunque fueran rechazados de París volverían á la carga hasta que hubiesen conseguido una paz segura, y que esta paz no podrían prometérsela del hombre que había destrozado á la Europa desde Cádiz á Moscou.

Veíase, sin embargo, que por más que afectaba Alejandro no temer un acto desesperado de Napoleón, interiormente le agitaba esta zozobra, y que el argumento sería de un peso considerable en las negociaciones que se iban á entablar. Acerca de estas resoluciones, en que parecían hallarse tan firmes las potencias, Mr. de Caulaincourt preguntó al zar si, no obstante, el Austria no tendría ninguna consideración á los lazos de parentesco; si habría traído sus soldados á París para tener el honor de destronar á su hija, y que, en este caso, no merecía el pueblo francés que le echasen en cara haber degollado á una archiduquesa, cuando ellos venían á destronar á otra. «Trabajo le ha costado decidirse al Austria, repuso Alejandro; pero después que no quisisteis admitir el armisticio de Lusigny, imaginado por ella para preparar

un arreglo, se halla tan convencida como nosotros todos de que no se puede tratar con su yerno, y de que para obtener una paz duradera es preciso firmarla con otro que con Napoleón».

A esta declaración, Alejandro añadió nuevas protestas de amistad con respecto á Mr. de Caulaincourt; le pidió que volviera á verle, le prometió recibirle á todas horas, pero le arrancó la promesa de conducirse en París con la reserva de un parlamentario, y luego se despidió de él, pues la hora del triunfo se acercaba y su orgullo estaba impaciente. No quería prender fuego á París, pero sí quería entrar en él lo más pronto posible.

El jueves 31 de marzo de 1814, día de dolorosa y eterna memoria, los soberanos aliados se pusieron en marcha á eso de las diez á las once de la mañana, para hacer su entrada triunfal en París. El emperador Alejandro se había atribuido el primer papel y le habían permitido que le tomara. El rey de Prusia se le cedía de muy buena gana, contentísimo con el triunfo de las armas aliadas, triunfo que su desconfianza de la suerte le había hecho poner en duda hasta el último instante. El emperador Francisco y Mr. de Metternich, separados del cuartel general de los aliados por la batalla de Arcisdel-Aube, se habían retirado á Dijón, donde ignoraban la toma de París. Por lo demás, el príncipe de Schwartzberg tenía bastante autoridad y conocimiento de sus intenciones para reemplazarlos completamente en tan graves circunstancias. Lord Castlereagh, ministro de un gobierno que tiene que dar cuenta de todo á la nación, había ido á exponer en el parlamento los motivos del tratado de Chaumont. Nadie podía, pues, en aquel instante disputar al zar el imperio de la situación, que en breve vino á representar tanto en el exterior como en el fondo de las cosas.

Alejandro, llevando á su derecha al rey de Prusia y á su izquierda al príncipe de Schwartzberg, detrás de sí un brillante estado mayor, y por escolta cincuenta mil soldados, escogidos en un orden perfecto, todos ellos con una cinta blanca en el brazo (señal que habían adoptado para evitar errores en el campo de batalla), Alejandro se adelantaba á caballo por el arrabal San Martín. Una proclama de los dos prefectos anunciando las benévolas intenciones de los monarcas aliados, había enterado á la población parisiense del acontecimiento solemne y doloroso que iba á entristecer sus calles. El pueblo de París, siempre tan sensible en punto al honor de las armas francesas, irritado por no haber obtenido los fusiles que pedía, y aun sospechando traiciones donde no había habido más que debilidades, soportaba con una aversión poco disimulada la presencia de los soldados extranjeros. La clase media, más ilustrada sin ser menos patriota, apreciando las causas y las consecuencias de los sucesos, se hallaba dividida entre el horror de la invasión y la satisfacción de ver el fin de la guerra y del despotismo. Por último, la antigua nobleza francesa á fuerza de aborrecer á la revolución, olvidando la gloria del país, que tan cara le fué en otro tiempo, experimentaba por la caída de Napoleón una loca alegría que la impedía sentir actualmente el desastre de la patria. Algunos miembros de esta nobleza, con el deseo de producir en París un acontecimiento análogo al de Burdeos, recorrían el barrio de Saint-Germain, la plaza de la Concordia y los bulevares, agitando una bandera blanca y

lanzando gritos de ¡Viva el rey! que no tenían eco y hasta provocaban á menudo una desaprobación manifiesta. Serena y triste, la guardia nacional cubría por todas partes el servicio, y estaba dispuesta á mantener el orden, que por lo demás nadie pensaba en alterar.

Tal era el aspecto de París. Siguiendo por entre una muchedumbre compacta y silenciosa el arrabal de San Martín hasta el bulevar, los soberanos aliados no vieron al pronto más que semblantes sombríos y á veces amenazadores. Sin embargo, ni un insulto ni una exclamación se oyeron á su paso grave y lento. Al llegar al bulevar y al acercarse á los barrios principales de París, los rostros principiaron á cambiar con los sentimientos de la población. Resonaron algunos gritos que indicaron que se agradecían las generosas amistades de Alejandro. El zar respondió muy conmovido. En breve sus repetidos saludos á la población y el orden tranquilizador de sus tropas produjeron manifestaciones más y más amistosas. Por fin apareció el grupo realista, que se paseaba desde muy temprano por París, agitando una bandera blanca. Sus entusiastas gritos de ¡Viva Luis XVIII! ¡Viva Alejandro! ¡Viva Guillermo! estallaron súbitamente á los oídos de los soberanos y les causaron imponderable satisfacción. A los fuertes gritos de este grupo se unieron los de muchas señoras elegantes, que agitaban sus pañuelos y saludaban con la apasionada presteza propia de su sexo la presencia de los monarcas extranjeros. ¡Triste espectáculo que debemos deplorar sin sorpresa, pues es el mismo que dan siempre los pueblos divididos! ¡Las alegrías de partido sofocan en los pueblos los dolores más legítimos de la patria!

Estas últimas manifestaciones tranquilizaron á los monarcas aliados, que la frialdad malévola demostrada por las masas populares, en el arrabal San Martín y en el bulevar San Dionisio, había alarmado en un principio, no por su seguridad personal, sino en punto á la prosecución de sus intenciones. Sin detenerse llegaron á los Campos Eliseos para pasar revista á sus soldados. Era un modo de llenar las horas de aquel día mediante un gran espectáculo militar, en tanto que sus ministros se ocuparían de cosas más serias y más urgentes. Con efecto, urgía dirigir la palabra á París, á esa ciudad tan temida aun en su derrota, para decirle que no venían á conquistar, á oprimir ni á humillar á la Francia; que lo único que les traía era la paz rechazada por su jefe intratable, y que en cuanto á la forma de gobierno la dejarían en libertad de elegir la que le conviniera. Pero para concertar este lenguaje y aun para saber á quién dirigirle, era preciso avistarse con personajes de crédito, y durante la revista de los Campos Eliseos Mr. de Nesselrode había ido á buscar al hombre indicado por una especie de acuerdo universal, es decir, á Mr. de Talleyrand. Habíale encontrado, en efecto, en su célebre casa de la calle de San Florentino esperando ese paso tan fácil de prever, y le había preguntado en nombre de los monarcas aliados cuál era el gobierno que se debía constituir, declarándole que se fiarían en sus luces más que en las de ningún hombre de Francia. Mr. de Talleyrand, que conocía y apreciaba hacia tiempo al entendido diplomático que habían despachado cerca de su persona, le acogió muy afable y le dijo lo que era verdad, que el gobierno imperial estaba completamente perdido en los ánimos, que el régimen de la guerra perpetua inspiraba

tanto horror en 1814 como la guillotina en 1800 y que nada sería más fácil que operar una revolución, si trataban á la Francia con las consideraciones de que era digna, si la probaban con hechos lo mismo que con palabras que los soberanos aliados querían ser, no sus conquistadores, sino sus libertadores. Bajo estos términos generales era muy fácil entenderse. Mr. de Nesselrode repitió las seguridades que estaba encargado de prodigar, y entrambos diplomáticos comenzaban á discutir sobre los graves asuntos propios de aquella ocasión, cuando Mr. de Nesselrode recibió del emperador Alejandro un mensaje singular, cuyo objeto era el siguiente. Por una modestia llena de delicadeza, Alejandro no había querido ocupar las Tullerías, sino el Elíseo, y mientras pasaba la revista le habían entregado un billete en el que suponían que el Elíseo estaba minado. Alejandro envió el billete á Mr. de Nesselrode para que éste se informara si podía tener algún fundamento aquel aviso. Mr. de Nesselrode comunicó el mensaje á Mr. de Talleyrand, quien se sonrió de una cosa tan pueril, aunque, sin embargo, ofreció cortésmente poner á disposición del emperador Alejandro su casa, donde no era de temer ningún peligro y donde hacía tiempo estaba montado todo de una manera regia. Mr. de Nesselrode aprovechó la oferta, pues era dar un alto testimonio de consideración á un personaje de quien tenían gran necesidad, era aumentar su influencia y aun prepararse muchas comodidades para la obra que estaban á punto de emprender.

Los hombres que eran hacia algún tiempo confidentes ó visitantes asiduos de Mr. de Talleyrand, como el duque de Dalberg, el abate de Pradt, el barón Luis, el general Dessoles y otros muchos, habían corrido á su casa para hablar de los prodigiosos acontecimientos que estaban en camino de realizarse. Por consiguiente, tenía una corte formada para recibir al emperador Alejandro, cuando éste, después de concluida la revista, se trasladara al palacio de su calle de San Florentino. El emperador Alejandro se apeó en la plaza de la Concordia, se fué á pie á casa del alto dignatario imperial, le tendió la mano con aquella urbanidad que seducía á cuantos ignoraban la astucia que ocultaba bajo el encanto de sus modales, atravesó los aposentos ocupados ya por una muchedumbre presurosa, se dejó presentar los nuevos realistas, cuyo número crecía como la espuma, y después de haber prodigado á cada cual los más lisonjeros testimonios, se encerró con Mr. Talleyrand para consultarle acerca de las importantes resoluciones que era preciso adoptar. El rey de Prusia y el príncipe de Schwartzberg, llamados á esta conferencia, se presentaron inmediatamente, y Mr. de Talleyrand pidió permiso para introducir por su parte á su verdadero y único cómplice, el duque de Dalberg, que más temerario que él, se había atrevido á enviar un emisario al campo de los aliados. Apenas reunidos estos eminentes personajes, comenzaron á tratar del grande asunto que los reunía, el del gobierno de la Francia.

Alejandro, que había tomado ya la costumbre y que continuó tomándola cada día más, de abrir las conferencias y de cerrarlas, Alejandro principió por repetir lo que decía á todo el mundo, que él y sus aliados no habían venido á Francia á provocar revoluciones, sino á buscar la paz; que la habrían concluido en Chatillón

si Napoleón hubiese querido; pero que no habiendo hallado en Chatillón más que negativas y habiéndose visto en la precisión de tener que llegar en busca de la paz hasta los muros de París, estaban dispuestos á concluir la con aquellos que la quisieran francamente; que no les tocaba á ellos designar á los hombres que podían encargarse de representar á la Francia en aquella circunstancia y de constituir su gobierno; que respecto á esto no tenían la pretensión de imponer á nadie, que ni aun habrían tomado sobre sí excluir á Napoleón, si éste no se hubiese excluido, rechazando terminantemente las condiciones en que hacía estribar la Europa su seguridad; pero que exceptuando á Napoleón, estaban dispuestos á admitir lo que pareciera desear la nación francesa, esto es, la regente María Luisa, el príncipe Bernadotte, hasta la República, ó por fin los Borbones. Únicamente en interés de la Europa y de la Francia se debía escoger un gobierno que pudiera sostenerse, sobre todo cuando tenía que suceder á la poderosa mano de Napoleón, pues era preciso que la obra que ellos iban á cumplir no tuvieran que comenzarla de nuevo. Alejandro no disimuló que, aunque teniendo por los Borbones una preferencia natural, los monarcas aliados temían que estos príncipes, desconocidos entonces para la Francia que por su parte tampoco ellos conocían, no fuesen incapaces de gobernarla; que no se prometían igualmente que pudiera componerse un gobierno formal con una mujer y un niño como María Luisa y el rey de Roma, opinión en que abundaba especialmente el emperador de Austria; que buscando, pues, el mejor gobierno que se podía dar á la Francia, él había pensado algunas veces en el príncipe Bernadotte; pero que no habiendo encontrado muchas simpatías cuando hablaba de este candidato, se guardaría bien de insistir en este punto; que por lo demás, en aquel estado de indecisión, el parecer de los soberanos se armonizaría fácilmente con el deseo de la Francia, única autoridad que debía consultarse; en atención á que para ellos no había más que un interés y un derecho, y era el de alcanzar la paz, pero una paz segura, concediéndola ellos honrosa por su parte, tal como se debía á una nación cubierta de gloria y á la cual no hacían responsable de sus males, sabiendo muy bien que bajo el detestable yugo que acababan de romper, la Francia había sufrido tanto como la Europa.

Sólo un hombre podía responder á este lenguaje dulce, lisonjero, insinuante, y era Mr. de Talleyrand. A él se dirigían particularmente estas preguntas, como que era el más acreditado de los personajes á quien podían hacerlas. Poco impaciente por manifestar su opinión, pues le gustaba oír antes el parecer de otros si bien sabía decidirse con oportunidad, Mr. de Talleyrand poseía en alto grado el discernimiento de las situaciones, sabía descubrir lo que convenía á cada una, y además tenía el arte de dar á sus opiniones una forma aguda ó sentenciosa que les valía en seguida la boga de un dicho feliz ó de un dicho profundo. Mr. de Talleyrand había discernido claramente que, elevado por la victoria, Napoleón no podía sostenerse más que por ella; que vencido, estaba destronado; que no pudiendo proponerse la república á una generación que había asistido á los horrores de 1793, la monarquía era entonces el único gobierno posible, y no había otra monarquía aceptable que la de los Borbones, pues no se improvisaban artificialmente

las condiciones que hacen á una familia propia para reinar. El genio ó el acaso de las revoluciones pueden por un momento elevar á un hombre, como acababa de verse; pero pasado ese fenómeno, los pueblos vuelven con prontitud á lo que ha sido consagrado por el tiempo y por las costumbres nacionales. Al abrigo ya de las venganzas imperiales, Mr. de Talleyrand dijo lentamente pero con suma claridad, toda la verdad respecto á esto. Según él, Napoleón no era ya posible.

La Francia, á la que prestó grandes servicios que desgraciadamente la hizo pagar muy caros, veía en él lo que veía la Europa, es decir, la guerra, y la Francia quería la paz. Napoleón era, pues, en aquel momento lo contrario del deseo formal y absoluto de la generación presente. Aun cuando consintiera en firmar la paz no se debía contar con ella. En efecto, una paz, aun la más honrosa, tal como podría aceptarla la Francia y tal como la Europa en su alto juicio debería concederla; esta paz, cualquiera que fuese, sería tan inferior á las pretensiones de Napoleón que no la podría firmar sin rebajarse y por consiguiente sin tener la intención de romperla. Era preciso, pues, no pensar más en él, ya que era incompatible con la paz, la gran necesidad del mundo entero, y pronto se vería, dejando que se declarase la opinión universal, comprimida aún, que esta manera de pensar estaba en el fondo de todos los espíritus. Más aún: si Napoleón era imposible personalmente, era también imposible en su mujer y su hijo. ¿Quién podía dejar de creer que no se pusiera él detrás de María Luisa y del rey de Roma para gobernar en su nombre? Nadie. Sería el gobierno de Napoleón con todos sus inconvenientes y á más los inconvenientes de la disimulación. Por consiguiente, era preciso renunciar á semejante plan, y puesto que el príncipe augusto que había dado su hija á Napoleón hacía un generoso sacrificio á la Europa, se debía aceptar este sacrificio dando gracias al emperador de Austria porque había comprendido tan bien las necesidades de la situación.

En cuanto al príncipe Bernadotte, heredero del trono de Suecia, era más imposible aún. Después de haber tenido un soldado de genio, la Francia no aceptaría un soldado mediano, cubierto de sangre francesa. Quedaban, pues, los Borbones. Sin duda alguna, la Francia que tanto los había conocido los conocía poco ahora, y abrigaba con respecto á ellos ciertas prevenciones; pero pronto entablaría con ellos nuevas relaciones, y los acogiera con gusto si traían á su regreso, no las preocupaciones que habían perdido ya su casa, sino las sanas ideas de la época. Mr. de Talleyrand añadía que era preciso ligarlos mediante leyes sabias y reconciliarlos con el ejército, colocando en su derredor á sus más ilustres representantes; que con tacto, muchos cuidados y aplicación, todo esto podría hacerse; que por otra parte era preciso que esto fuera posible, puesto que era necesario; que después de tanta agitación, la necesidad más imperiosa de los ánimos era ver el edificio social restablecido sobre sus verdaderas bases, y sólo pareciera estarlo cuando el trono de Francia volviera á poder de sus antiguos poseedores. En fin, resumiendo su opinión en algunas palabras, Mr. de Talleyrand exclamó: «¡La república es una imposibilidad; la regencia ó Bernadotte una intriga; únicamente los Borbones son un principio!»

Semejante lenguaje era muy propio para agradar á los soberanos aliados, y habría encontrado entre ellos aprobadores más ardientes si hubiese estado allí el verdadero representante de la vieja Europa, el emperador Francisco, y el jefe del partido tory, lord Castlereagh. No obstante, el rey Guillermo en su acrisolada sensatez deseaba que todo cuanto se acababa de decir fuese verdad. Alejandro, sin desearlo tanto, estaba dispuesto á admitirlo si la restauración de los Borbones era un medio de pacificar á la Francia sin humillarla, y sobre todo si era un medio de complacerla después de haberla vencido. Mr. de Talleyrand, queriendo dar á su opinión, franca y firme, pero expresada sin vehemencia, el apoyo de un lenguaje más vivo y más ardiente que el suyo, propuso á los soberanos aliados y á sus ministros reunidos en su salón el presentarles algunos franceses, que por varios títulos, por sus talentos, sus funciones y su papel, merecían ser escuchados. Introdujeron al abate de Pradt, arzobispo de Malinas, últimamente embajador en Varsovia; al barón Luis, hacendista entendido, empleado por Napoleón en algunas operaciones importantes, y al general Dessoles, ex comandante del estado mayor de Moreau, uno de los hombres más estimados del ejército.

Entonces la entrevista cesó de tener un carácter íntimo. La conversación se animó y á veces á fuerza de animación se hizo confusa.

El abate de Pradt, con la petulancia de su lenguaje, el barón Luis con la firmeza propia de su talento, y el general Dessoles con su alta razón, afirmaron cada uno á su manera que estaba concluida la dominación de Napoleón; que nadie quería más á un furioso dispuesto á inmolar á la Francia y á la Europa por sangrientas quimeras; que en su mujer y su hijo no se vería más que á él bajo un nombre supuesto; que en Bernadotte verían una ofensa; que deseando una monarquía no podían admitir más que á los Borbones; que sin duda no se pensaba en ellos, pero era porque no había tiempo de pensar; que una vez pronunciado su nombre con franqueza, todo el mundo comprendería que sólo esos príncipes eran posibles, y que precaviéndose por medio de buenas leyes contra sus preocupaciones, se obtendrían sus ventajas sin sus inconvenientes.

Nadie estaba más dominado por el conjunto y el calor de estos pareceres que el emperador Alejandro. «Si todos abundáis en esa opinión, exclamó, no nos toca á nosotros contradeciros.» Y mirando á sus aliados, que daban su asentimiento por un movimiento de cabeza, especialmente el príncipe de Schwartzenberg, que había aprobado visiblemente lo que se había dicho contra la regencia de María Luisa, se manifestó pronto á aceptar á los Borbones; pues, según dijo, no eran seguramente los representantes de las antiguas monarquías europeas los que podían elevar objeciones contra el restablecimiento de esa antigua familia en el trono.

Admitido el principio, tratábase de excogitar el medio para llevar á cabo la destitución de Napoleón, y para constituir un nuevo gobierno que pacificara á la Francia primero con la Europa y después consigo misma. Mr. de Talleyrand y los que componían su consejo improvisado hubieron de manifestar que podrían valerse del senado, y que le encontrarían dispuesto á derrocar al soberano que había adulado durante tanto tiem-

po, pues, aunque adulándole, le había odiado siempre profundamente. Pero para inspirar á este cuerpo el valor de pronunciarse, era preciso que Napoleón apareciese irrevocablemente condenado. Sin esa certeza, la misma timidez que había mantenido al senado silencioso delante de Napoleón, lo mantendría del mismo modo delante de su sombra. Para obviar esta dificultad se presentaba un expediente muy á propósito, pero que debía preceder á todos los demás pasos, y era el de declarar que los monarcas aliados, reunidos en París y dispuestos á conceder á la Francia la paz más honrosa, habían tomado la resolución de no tratar ya con Napoleón, pues habían juzgado que con él toda paz sincera y durable era imposible. Aunque este compromiso fuera muy grave, como era el único medio á cuyo beneficio se podía provocar la manifestación de la opinión pública respecto á Napoleón, hubo que tomarle sin vacilar. El proyecto de declaración fué adoptado. Sin embargo, á juicio de aquellos que deseaban á los Borbones y querían ver satisfechos sus deseos lo más pronto posible, no era bastante decir que no querían tratar ya con Napoleón, sino que era preciso añadir que no se trataría con ningún miembro de su familia, pues si se dejaba abierta una puerta en favor de su hijo, sería lo suficiente para retraer á los timoratos, sobre los cuales importaba obrar en aquel momento. Este complemento indispensable fué añadido á la proposición del abate de Pradt, y al punto se fijó por carteles en París la declaración siguiente, firmada por Alejandro en nombre de los aliados:

«Los ejércitos de las potencias aliadas han ocupado la capital de la Francia. Los soberanos aliados acogen el voto de la nación francesa y declaran:

»Que si las condiciones de la paz debían contener más garantías cuando se trataba de poner freno á la ambición de Bonaparte, podrían ser más favorables cuando, mediante el restablecimiento de un gobierno sabio, la Francia ofreciese por sí las seguridades de reposo que se desean.

»Por consiguiente, los soberanos aliados proclaman:

»Que no tratarán ya con Napoleón Bonaparte ni con ningún miembro de su familia;

»Que respetan la integridad de la Francia tal como existió bajo sus reyes legítimos; y aún pueden hacer más, porque profesan siempre el principio de que, para la felicidad de la Europa, es preciso que la Francia sea grande y fuerte;

»Que reconocerán y garantizarán la Constitución que se dé la nación francesa. Bajo este concepto, los soberanos invitan al Senado á designar un gobierno provisional que pueda atender á las necesidades de la administración y preparar la constitución que convenga al pueblo francés;

»Las intenciones que acabo de expresar están conformes con las de todas las potencias.

»ALEJANDRO.

»P. S. M. I.

»El secretario de Estado, CONDE DE NESSELRODE.

»París, 31 de marzo de 1814, á las tres de la tarde.»

Se convino que, apoyándose en esta declaración, Mr. de Talleyrand y sus cooperadores se avistarían con los miembros del senado, les decidirían á nombrar un

Tomc IX

gobierno provisional, y que en seguida propondrían los medios de pronunciar directa y definitivamente la destitución de Napoleón.

Después de este primer acto, los soberanos se separaron. Alejandro se quedó en casa de Mr. de Talleyrand, y el rey de Prusia fué á fijar su residencia en el palacio del príncipe Eugenio, que después se convirtió en palacio de la legación de Prusia. Se dieron órdenes para que las tropas aliadas no se alojaran en las casas de los habitantes, sino que provistas de los víveres necesarios, establecieran sus campamentos sobre las plazas principales de la capital y especialmente en los Campos Elíseos. El general Sacken fué nombrado gobernador de París. Los redactores de los diferentes periódicos fueron cambiados ó recibieron el aviso de hablar favorablemente de la nueva situación. Emplearon el telégrafo, tal como entonces existía, para anunciar los grandes acontecimientos ocurridos en la capital, insistiendo mucho acerca de las generosas intenciones de las potencias. Los realistas antiguos y nuevos, que en aquel día habían sitiado el palacio de Talleyrand, se esparcieron por la capital con el fin de propagar la esperanza y casi la certeza del próximo restablecimiento de los Borbones. Aquellos que por la mañana habían paseado por París la bandera blanca, se reunieron tumultuosamente, y propusieron dirigirse á los soberanos extranjeros para pedirles que se proclamara inmediatamente á los Borbones. Decían que si era ya algo declarar que no tratarían más con Napoleón, sin embargo no era bastante, y que era preciso anunciar que tratarían exclusivamente con los Borbones, únicos soberanos legítimos de la Francia. Al cabo de una acalorada y confusa deliberación, se separaron de acuerdo en la idea de enviar una diputación á Alejandro para expresarle el voto formal de los realistas. En efecto, esta diputación marchó en busca de Alejandro y se dirigió primeramente al Elíseo y después al palacio de la calle de San Florentino; mas no fué recibida por el príncipe, sino por Mr. de Nesselrode, que encerrándose en la reserva conveniente, la repitió que la Europa reunida en París entendía guiarse exclusivamente por el voto de la Francia, y que si, como todo lo indicaba, este voto era favorable á los Borbones, los soberanos aliados se felicitarían de asistir á su restauración, y de contribuir á ella con su pleno asentimiento.

Así, pues, el primer acto de esta revolución se hallaba consumado. Los soberanos entrados en París, recibidos pacíficamente por una población desarmada, que ellos procuraban lisonjear, se habían puesto en comunicación con algunos personajes elevados y, en virtud de su consejo, habían declarado que no tratarían más con Napoleón, en tanto que, por el contrario, estaban dispuestos á tratar ventajosamente con todo gobierno nacido del voto de la nación francesa. Esto era bastante para que la opinión cansada de la dominación de un soldado, que no tomaba un instante de reposo ni se lo daba á nadie, se pronunciara muy luego en favor de la única dinastía que podía ofrecerse fuera de aquella que la victoria había elevado y que la victoria derrumbaba. Un momento de duda, en presencia de un acontecimiento tan súbito y al cabo de veinticuatro años de ausencia de los Borbones, era bien natural; pero las horas iban á producir aquí el efecto que en otros tiempos producen los meses y los años.